

¡POBRE SOR ÁNGEL!



Novela original de Robustiana Armiño de Cuesta, 1854

Editada por Antonio Terrón Barroso, 2025

ESCRITORAS EN LA PRENSA DEL SIGLO XIX. EDICIONES DIGITALES

Serie coordinada por M.X. Lama y E. Losada

CC-BY © De la edición, prólogo, bibliografía, notas e imagen de portada, Antonio Terrón Barroso, 2025.

¡Pobre sor Ángel!, Robustiana Armiño de Cuesta. 1ª edición del texto publicada en *El Correo de la Moda*, números 52-59, 1854.

Proyecto GenVIPReF. Género, violencia y representación. Los textos de creación en la prensa femenina peninsular (1848-1918), REF.: PID2020-113138GB-I00.

Colaboran: ADHUC-Centre de Recerca Teoria, Gènere, Sexualitat de la Universitat de Barcelona; Càtedra UNESCO-Dones, Desenvolupament i Cultures; Ministerio de Ciencia e Innovación y Agencia Estatal de Investigación.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRÓLOGO	
(Sobre)vivir enclaustradas: clasismo, familia y religión	4
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	10
NOTA SOBRE LA EDICIÓN	11
¡POBRE SOR ÁNGEL!	12
CAPÍTULO I. María	12
CAPÍTULO II. La confesión	19
CAPÍTULO III. La partida	25
CONCLUSIÓN	29

PRÓLOGO

(Sobre)vivir enclaustradas: clasismo, familia y religión

por Antonio Terrón Barroso

«¡Dios mío! ¿No he sufrido bastante? ¿Qué exigís de mí?
Soy vuestra esclava, hablad y obedeceré.» (p. 32)

¡Pobre sor Ángel! fue la cuarta novela original¹ por entregas que Robustiana Armiño de Cuesta publicó en *El Correo de la Moda*. El folletín, con tres capítulos y una conclusión, se dividió en siete números consecutivos, apareciendo el primero en el 52 (31 de enero de 1854) y el último en el 59 (24 de marzo de 1854). Los tres capítulos, que incluyeron una cita introductoria de otros autores justo después del título, se distribuyeron en las cinco primeras entregas, mientras que la conclusión, sin título, pero con cita inicial, apareció dividida en las dos últimas.

Tras publicar dos folletines de corte efectista en los que la religión no fue un elemento central de la trama —*Una corona de encina* (1853) y *El autómatas* (1853-1854)—, con *¡Pobre sor Ángel!* (1854) Armiño vuelve a centrarse en el catolicismo de participación pública² como haría en *Ánima Sola* (1853), el que fue su primer folletín para *El Correo de la Moda*. En ambos trabajos, el sufrimiento extremo que la soledad impuesta por las normas sociales les produce a sus protagonistas solo parece poder remediarse mediante el fervor religioso que, aunque las predestina a una existencia llena de privaciones y sacrificios, se

¹ *¡Pobre sor Ángel!* se presenta en su primera entrega como “*Novela, por Robustiana Armiño de Cuesta*”, sin especificar si se trataba de un trabajo original o de una traducción. El uso de ciertas expresiones como “se gozaba en enumerar”, “enojosa”, “fiado en que”, “liberalidades”, así como el uso frecuente de la preposición “de” como partitivo y de gerundios con valor de participio presente podrían indicar que la autora quizás tradujo su escrito, o algunas partes de este, de un texto en francés. Entre 1853 y 1855 Armiño publicó en *El Correo de la Moda* tanto folletines como relatos breves traducidos del francés y del italiano en los que sí especificó que se trataba de traducciones. En algunos casos hizo mención al autor original mientras que, en otros, optó por no hacerlo.

² Louzao Villar (2015) señala que en la España de entre siglos los católicos militantes “habían interiorizado una vivencia religiosa y espiritual inseparable de su participación pública” (p. 458).

convierte en la única forma en la que sus tormentosas vidas pueden cobrar sentido.

Tanto Azucena como María, las respectivas protagonistas de *Ánima Sola* y *¡Pobre sor Ángel!*, tienen que enfrentarse a la soledad, inicialmente por haberse quedado huérfanas y no disponer de recursos económicos y, después, ya como mujeres adultas, por no poder formar una familia propia junto al hombre al que aman. La visión restrictiva del amor conyugal como único, ligado siempre a la unión religiosa³, se utiliza para justificar el enorme padecimiento que el desamparo les produce, acatándolo ambas como un capricho del destino impuesto de forma natural contra el que, por lo tanto, no cabía cuestionamiento alguno, al menos desde la visión tradicionalista católica desde la que estas dos tramas parecen haberse concebido.

Como fue habitual en los trabajos que Armiño publicó en *El Correo de la Moda*⁴, *¡Pobre Sor Ángel!* transcurre íntegramente fuera de España, concretamente en París y sus alrededores. Mediante una generalización en la que no se menciona directamente a Francia, Armiño describe la sociedad en la que localiza la historia ya desde su primera página como depravada e inhóspita, especialmente para los huérfanos:

El que en la peligrosa edad de la inexperiencia tiene la desgracia de perder a sus padres, y quedar expuesto a los peligros que nos ofrece a cada paso la sociedad, no puede calcular jamás la enormidad de su pérdida; y si a ello añadimos la escasez de medios, o la cruel indigencia, el triste huérfano es casi siempre el objeto de la altiva compasión y del insultante desprecio de una sociedad que se ha titulado a sí misma generosa y civilizadora; el miserable juguete de todos los caprichos de la fortuna. (p. 12)

El discurso conservador del XIX intentó desacreditar al liberalismo social y económico que ganaba relevancia en las zonas industriales del centro y norte de

³ Los matrimonios civiles no fueron posibles en España hasta 1870, año en el que entra en vigor la Ley Provisional de Matrimonio Civil (Ten Domènech, 2023).

⁴ De las cinco novelas originales que Robustiana Armiño llegó a publicar por entregas en *El Correo de la Moda*, solo una —*Ánima sola* (1853)— transcurre en España y sus protagonistas son españoles. Las demás —*Una corona de encina* (1853), *El autómata* (1853-1854), *¡Pobre sor Ángel!* (1854) y *Las almas gemelas* (1855)— se localizan en diferentes países europeos— los Países Bajos, Alemania, Francia y Rusia respectivamente—siendo sus protagonistas también, en todas ellas, foráneos.

Europa por su cuestionamiento del orden social preestablecido durante el Antiguo Régimen (Smith, 2021). Esta aversión hacia el nuevo paradigma protestante que se extendía desde el extranjero y amenazaba los valores tradicionales queda patente en la novela. Por un lado, Armiño rechaza claramente "los favores de la fortuna" (p.15), expresión con la que describe el dinero fácil que proporciona su madre al protagonista masculino, Armando, quien llega incluso a robar en su propia casa para financiar su adicción a "los bailes, las fiestas, las orgías más inmundas" (p. 15) y al "juego" (p. 17). Además, intenta también demonizar a los "implacables acreedores" a los que Madame Herbecout, "señora de una delicadeza y de una virtud intachables" (p. 17), debe hacer frente sola tras el fallecimiento de su esposo. Por otro lado, el clasismo que impregna la caracterización de los personajes principales de la novela —María/sor Ángel, Armando y Madame Herbecout— cuyo destino está predeterminado por su posición social y económica desde el inicio, dejaría entrever la importancia que el orden social del Antiguo Régimen y su inmovilismo parece tener para Armiño. Según Rebollo Espinosa y Núñez Gil (2007), este clasismo propio de la sociedad decimonónica conservadora que reflejaba la prensa, entendida como una suerte de escuela de convenciones sociales, generaba una competición injusta e insana entre mujeres basada en la envidia que llevaba a las aristócratas a denostar a las burguesas, alegando que las imitaban burdamente y que no entendían ni los buenos modales ni el buen gusto, mientras que, a su vez, las burguesas juzgaban de forma similar a las obreras. Esta competencia insana e injusta entre mujeres, separadas en categorías en función de su posición social y su acceso a bienes económicos, queda claramente reflejada en el siguiente fragmento de la novela:

Las jóvenes de ilustre cuna, las de una gran posición social, estaban en el caso de envidiar la educación de la pobre aldeana, que leía, escribía, bordaba, pintaba, y sobresalía en la música, mostrándose siempre la primera entre las más adelantadas. (p. 14)

Los elementos narrativos que Armiño utiliza para intentar desacreditar el liberalismo ante las lectoras son variados, aunque los relaciona siempre con la amoralidad y la usura. Entre estos elementos destacan, por su importancia en la trama, la vajilla de plata que Armando le sustrae a su madre con el objetivo de

financiar sus excesos, o los prestamistas a los que tanto Madame Herbecourt como Armando deben dinero, en el caso de ella por las deudas contraídas por su difunto esposo y en el de él, por su vida disoluta, que lo separa del verdadero amor, tanto del materno como del conyugal, representados respectivamente en las figuras de Madame Herbecourt y de María/sor Ángel.

Los enormes problemas que los asuntos económicos causan a los protagonistas solo se resuelven, de nuevo, mediante la religión, que se convierte así en la única forma de salvación posible ante “la vanidad y el amor propio (...) de la sociedad corrompida” (p. 15). No obstante, la separación entre materialismo y religión no está del todo clara, como se aprecia en la ambigüedad de la dote, un elemento narrativo importante que representa dos nociones morales, a priori, contrapuestas —catolicismo y materialismo. Descrita como “un gran obstáculo” que impedía a María cumplir el “único deseo en su corazón, el de consagrarse al servicio de Dios y de los pobres” (p. 27), la dote deja entrever la importancia que los bienes económicos y la acumulación de capital tenían en el ámbito católico, sobre todo para sus instituciones. Con esta ambigua separación discursiva entre riqueza y moral que parece fomentarse en la novela, Armiño podría estar dejando entrever su aversión a la doctrina protestante, ligada al liberalismo, tanto social como económico, constituida ya como una clara amenaza para el poder hegemónico ejercido por la iglesia católica en los estados confesionales en los que la democracia se abría paso tímidamente, como era el caso de España⁵.

El enorme peso que tiene la religión en la novela aparece también en sus localizaciones —una basílica, un convento y un hospital⁶—, además de en el retrato edulcorado que se ofrece a las lectoras de la vida monacal femenina. La imagen totalmente asexuada que se construye de las novicias, descritas como “castas hermanas”, “vírgenes del señor” (p. 24) y “almas timoratas” (p. 25) se

⁵ Cabe señalar que el folletín se publica en un ambiente dominado por las tensiones que desembocarían en la Revolución de 1854, conocida como Vicalvarada, una sublevación popular que dio paso al conocido como bienio progresista (1854-1856).

⁶ En pleno auge del higienismo social, fueron las órdenes religiosas femeninas las que se hicieron cargo de los hospitales públicos, cuya labor se sustentó en gran parte gracias a los trabajos de cuidados no remunerados que realizaban las novicias (Quintana Freixas, 2011).

hace extensible a los conventos, que se presentan como un “retiro oculto bajo un velo impenetrable” (p. 25), con “cortinas de tela grosera, pero cuya blancura revelaba el aseo de las personas que dirigen aquella casa” (p. 24).

Aunque la trama gire alrededor de la devota vida a la que la protagonista, María/sor Ángel, se acoge para darle sentido a su desarraigo y a la imposibilidad de formar una familia propia, Armiño se asegura de que, ante las lectoras, la conexión entre catolicismo y feminidad normativa se haga extensible a cualquier tipo de mujer, ya sea esposa, madre, hija o monja:

La esposa fiel emplea en su esposo todo el tesoro de amor que Dios ha depositado en su alma; la madre en sus hijos; la hija en sus padres, la hermana de la caridad tiene su familia en los pobres; los objetos de su cariño son los seres más infelices o los más débiles; el infortunio, la miseria, la infancia, la decrepitud, son los que comparten el cariño de la joven y hermosa hermana de la caridad. (p. 29)

Quizás de manera inconsciente, mediante la orfandad de la protagonista, María/sor Ángel, y de su relación con Madame Herbecourt y el hijo de esta, Armando, su “hermano de leche” (p. 12), Armiño recoge en la novela las complejas intersecciones existentes en la época entre maternidad, feminidad normativa y clase social a través de la problemática moral que la figura de la nodriza encarnaba (Soler Muñoz, 2011). Esta cuestión podría estar detrás de la ambigua caracterización que se ofrece de María/sor Ángel en relación con Madame Herbecourt y su hijo Armando, los integrantes de la familia que la acoge tras quedar huérfana siendo muy joven. En el transcurso de la novela es descrita primero como hija y hermana, después como ama de llaves asalariada y, finalmente, en el desenlace, aunque por muy poco tiempo, como esposa y nuera. La indeterminación del personaje se ve acrecentada, además, por la contradicción que entraña su dualidad como “hija del señor” que entrega su vida a la religión y “la mujer apasionada” que, a pesar de haber tomado los votos, nunca parece dejar de ser, como queda patente en el siguiente pasaje de la conclusión:

Aquel momento, lleno para ella de éxtasis, despertó súbitamente en su corazón sentimientos y deseos que ya creía extinguidos; aquel pasado, con sus ilusiones

encantadoras y sus días felices, vino a separarla por algunos instantes de la idea de Dios, que llenaba su corazón de un modo único hacía ya algún tiempo, y la fuerza de la hija del señor empezaba a desaparecer bajo la debilidad de la mujer apasionada. María tuvo miedo, y desprendiéndose de los brazos que la estrechaban, cayó de rodillas delante del Crucifijo. (p. 30)

Al igual que la religión, pero de forma menos directa, la novela presenta también a las lectoras el trabajo como un mecanismo de reparación y sanación para los protagonistas. Con un sesgo ligado al género de forma clara, la actividad laboral que realiza Armando como médico se remunera económicamente mientras que la que lleva a cabo sor Ángel como enfermera solo se ve recompensada espiritualmente a través de su fe. La realización de una actividad vocacional como vía de escape a la tristeza y la soledad que no tener al lado a la persona amada les causa a ambos no es suficiente para Armando, a quien la pena de no poder estar con María tras reencontrarse con ella lo acaba consumiendo, y solo consigue descansar eternamente cuando llega a casarse con ella y hacerla, según sus propias palabras, “mía para siempre” (p. 32). Por su parte, María/sor Ángel consigue dejar atrás todo el sufrimiento al que había tenido que hacer frente a lo largo de su vida mediante un “sentimiento de abnegación, que no se desmintió jamás” y le permitió dedicar sus días al “alivio de los desgraciados y el servicio divino” (p. 33).

Al final de la novela parece darse a entender que sor Ángel muere de cólera en las calles de París mientras ayudaba a los enfermos, aunque no se mencione directamente. Con este giro efectista en el desenlace, abierto a la imaginación de las lectoras, Armiño conseguía dos objetivos. Por un lado, generaba interés en sus historias dejando espacio a la interpretación del público, mientras que, por otro, justificaba el sufrimiento crónico que las mujeres, al menos las buenas católicas, debían aceptar como natural hasta que Dios decidiera que el fin de sus días y, por extensión, el de su sufrimiento, había llegado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Quintanas Feixas, A. (2011). "Higienismo y medicina social: poderes de normalización y formas de sujeción de las clases populares". *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 44, 273-284.

Louzao Villar, J. (2015). "Las imágenes de lo sagrado o cómo ser católico entre cambios y continuidades (c. 1875-1931)". *Historia Contemporánea*, 51, 455-485.

Soler Muñoz, E. (2011). *Lactancia y parentesco. Una mirada antropológica*. Barcelona: Anthropos.

Rebollo Espinosa, M. J., & Núñez Gil, M. (2007). "Tradicionales, rebeldes, precursoras: instrucción y educación de las mujeres españolas a través de la prensa femenina (1900-1970)". *Historia de la educación*, 27, 181-219.

Smith, J. (2021) *Women, Mysticism, and Hysteria in Fin-de-Siècle*. Nashville: Vanderbilt University Press.

Ten Domenéch, M. (2023). "El matrimonio y la mujer en la España del siglo XIX. Una visión jurídica enmarcada en la Literatura Realista". *EUNOMÍA. Revista En Cultura De La Legalidad*, 24, 94-117.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En la transcripción de esta novela se han realizado pequeñas intervenciones sobre el texto original publicado en *El Correo de la Moda* en 1854 con el objetivo de facilitar su lectura. Las más significativas han sido, por un lado, las relacionadas con la puntuación y, por otro, con la acentuación, habiéndose adaptado en todos los casos a las normas del español actual. Se ha intentado siempre que el mensaje original no se viese afectado por los cambios.

¡POBRE SOR ÁNGEL!

Robustiana Armiño de Cuesta

CAPÍTULO I. María

«Una buena acción tiene muchas veces la apariencia de un crimen.» L.

El que en la peligrosa edad de la inexperiencia tiene la desgracia de perder a sus padres, y quedar expuesto a los peligros que nos ofrece a cada paso la sociedad, no puede calcular jamás la enormidad de su pérdida; y si a ello añadimos la escasez de medios, o la cruel indigencia, el triste huérfano es casi siempre el objeto de la altiva compasión y del insultante desprecio de una sociedad que se ha titulado a sí misma generosa y civilizadora; el miserable juguete de todos los caprichos de la fortuna.

María nos ofrece una terrible prueba de esta amarga verdad. Mecida por las hermosas ilusiones del amor materno, había crecido a la sombra de su madre como un ángel hermoso, se había acostumbrado desde la edad más tierna a dirigir sus plegarias a Dios, a quien amaba con la fe más pura.

Cuando esta niña entraba apenas en los quince años, vio dormirse a su buena madre en el sueño de Dios y, huérfana, sin parientes, sin más bienes que su juventud, su belleza y sus raras virtudes, estaba ya amenazada por todos los horrores de la indigencia cuando su ángel bueno, que velaba sobre ella, le deparó una protectora en la excelente señora de Herbecourt, cuyo hijo era hermano de leche de María.

La pobre joven volvía una mañana del presbiterio de Montreuil, donde la había hecho llamar su venerable párroco para hacer revivir la esperanza en su alma desolada; y hallábase ya muy cerca de la cabaña, dónde había vivido hasta entonces, si no feliz, al menos tranquila y resignada al abrigo de su madre querida, cuando distinguió un lujoso coche que paraba en la puerta de la pobre

choza. La señora de Herbecourt bajó del carruaje corriendo al encuentro de la pobre huérfana y cuando María, anegada en lágrimas, quiso respetuosamente besarle la mano, la señora Herbecourt le abrió los brazos reteniéndola en ellos durante largo tiempo. Ven querida María —le dijo—, ven conmigo para siempre. Has perdido a la más tierna de las madres, pero Dios te ha deparado una que tiene para ti tanta ternura como la que ahora nos mira desde el cielo. Ven, hija mía, mi Armando, que será en adelante tu hermano, nos aguarda.

María no pudo responder más que con un torrente de lágrimas; tomó un pañuelo con alguna ropa blanca, que constituía todo su vestuario, y besando un antiguo rosario, que su madre había usado largo tiempo, vino a sentarse tímidamente al lado de la señora de Herbecourt.

Algunas horas después llegaban a París. A los continuos cuidados de Madame Dumont, madre de María, debía la señora de Herbecourt la vida de su hijo Armando, que habiendo nacido débil y enfermizo, quien empezó a revivir a costa de las terribles vigiliias y precauciones de su buena nodriza.

Apenas llegó a oídos de aquella señora la pérdida que María acababa de sufrir, se creyó muy feliz con poder recompensar de alguna manera la sagrada deuda del reconocimiento, y corrió como un ángel consolador a proteger el infortunio, tan cruelmente representado en la orfandad y la desgracia de la pobre joven.

Aunque María conservó largo tiempo su terrible dolor, y aunque este fuese de los más profundos, hubo al fin de ceder a las atenciones verdaderamente maternas que le prodigaba su bienhechora; esta no tardó en conocer toda la nobleza del alma de María, toda la elevación de sus pensamientos, toda la rectitud de su buen juicio, y desde entonces se propuso perfeccionar aquella naturaleza privilegiada con una instrucción religiosa, variada y sólida.

La señora de Herbecourt no solo era una mujer notable por su rectitud y su delicadeza, sino una señora que ordenaba cuidadosamente todos sus trabajos, y que consideraba el buen empleo del tiempo como el primero de los deberes. Hábil en todas las labores de su sexo, como en las bellas artes y las ciencias

recreativas, se consagró exclusivamente a la educación de su hija adoptiva, y tuvo el placer de encontrar en ella una comprensión feliz unida a la más adorable docilidad.

Las jóvenes de ilustre cuna, las de una gran posición social, estaban en el caso de envidiar la educación de la pobre aldeana, que leía, escribía, bordaba, pintaba, y sobresalía en la música, mostrándose siempre la primera entre las más adelantadas.

Orgullosa de su discípula, la señora de Herbecourt creyó que no podía darle mayor prueba de aprecio y de confianza que poniendo en su mano la dirección de su casa, y aunque esta señora mostraba en los detalles de la administración una minuciosidad que rayaba en impertinencia, María sostuvo el gobierno interior con tal orden, que no tuvo que sufrir la más ligera advertencia, mereciendo por el contrario repetidos elogios de su señora, elogios que la lisonjaban, singularmente al joven Armando, que sentía su corazón dulcemente inclinado hacia la huérfana de Montreuil, a la que miraba con el mayor respeto.

Cuando la señora de Herbecourt se gozaba en enumerar una por una las bellas cualidades de su hija adoptiva, Armando unía sus apasionados elogios a los de su madre, y si María le daba las gracias con una dulce sonrisa, sentía que su corazón se inundaba súbitamente de un gozo inefable.

Tres años hacía ya que en aquella casa reinaba la alegría y la dulce paz que proporciona un buen gobierno, siendo todo esto obra de la huérfana que, con su sencilla alegría y su talento en prevenir todos los deseos de su señora, había logrado hacer más accesible el genio harto desigual de Madame Herbecourt. Intermediaria entre el ama y los criados, dulcificaba siempre las órdenes al transmitir las; alegre y severa a la par, había sabido hacer que Armando volviese a casa temprano y pasase largas horas con ella y con su madre, cuando antes de su venida pasaba las noches enteras fuera de casa donde, según decía, buscaba un medio para salvarse del fastidio, y evitar la grave sociedad de su madre, que solo reunía en su casa personas con muy poco propósito para alegrar la vida. ¡Cuán rápidas le parecían las horas que pasaba con aquellas

mujeres que compartían ahora todo su cariño! En tanto seguía con afán su carrera de medicina, distinguiéndose entre los más estudiosos, y aunque primitivamente había adquirido en el colegio relaciones que más de una vez le habían apartado de sus deberes, la presencia de María le había hecho volver a una vida tranquila y regular, no volviendo más que para ella, y no gozando más que con su presencia o su conversación, siempre grata, sencilla e ilustrada. Este nuevo modo de vida no había podido menos de llamar la atención de sus admirados compañeros, que no podían comprender una transformación tan súbita. ¿Qué tomas hábito de cartujo? —le decía uno—, ¿tienes ya pronta la cabaña que has de habitar con tu paloma de Montreuil? —le decía otro—, ¿quieres hacer revivir los tiempos en que los reyes se desposaban con pastorcitas?, y todos reían, y se mofaban de su verdadera pasión por una aldeana.

Armando sufrió en un principio todas estas burlas con una calma heroica y una fría indiferencia, pero poco a poco le irritaban, le avergonzaban, y al fin se creyó rebajado a sus propios ojos. Insensiblemente la casa materna fue siéndole ya casi enojosa, porque no le ofrecía el atractivo de su encantadora María; esta joven hermosa le pareció buena y sencilla, pero despojada de las gracias que tanto le habían subyugado. Se empeñó en ver en ella, como decían sus amigos, una criada destinada al servicio de su madre, y desde entonces la creyó indigna de la sincera pasión que le había inspirado. La vanidad y el amor propio de un joven halagado por todos los favores de la fortuna le condujeron muy pronto al seno de la sociedad corrompida, que ya había casi olvidado.

Los bailes, las fiestas, las orgías más inmundas le hicieron insoportable la apacible morada donde habitaba su madre, confiada solamente al cuidado de María, y no solo se ausentaba de día, sino que pasaba las noches enteras sin volver a casa. Esta existencia tumultuosa alteraba rápidamente su salud; se hizo sombrío, brusco e impertinente; ni las súplicas ni los afectuosos consejos de su madre penetraron en su corazón, lleno de indiferencia; la pensión que se le había asignado para el bolsillo le parecía mezquina, porque el lujo se había convertido para él en una necesidad; y, fiado en que había ya cumplido veintiún años, se quejó de la economía de su madre, y pensó en exigir la cuenta de la tutela.

No solo no buscaba ya con afán la sociedad de la amable María, sino que la evitaba con el mayor cuidado. Su presencia era para él como un reproche, aquella mirada púdica y virtuosa le hacía experimentar una cosa amarga parecida al remordimiento, un malestar que le atormentaba horriblemente en su corazón... ¡Había llegado a tenerle miedo!

María, por su parte, sufría cruelmente, porque no podía comprender la causa de aquel desvío. ¿Qué le hice yo para que así huya de mi presencia? —se preguntaba muchas veces con amargura—. ¿No le he manifestado siempre la amistad más tierna? ¿No me apresuré a cumplir sus menores deseos, como si fuesen las órdenes más rigurosas?... ¡Ah! ¿Por qué no viene ya a pasar la noche a nuestro lado, y al leernos aquellos párrafos interesantes que animaba con su brillante imaginación, y su graciosa sonrisa?

María lloraba, y ocultaba cuidadosamente su dolor a la señora de Herbecourt, que se esforzaba también en ocultarle el suyo.

En este estado se hallaban las cosas cuando María, que se entretenía una noche en recontar las piezas de la vajilla de plata que estaba a su cuidado, echó de menos seis cubiertos. Una idea que se presentó súbitamente a su imaginación la llenó de terror, porque había notado la víspera que Armando estaba turbado, inquieto y casi aterrado... ¿Es posible que fuese él quién?... No se atrevió a concluir, porque le amaba con el amor más puro, y aquella duda le parecía una injuria de las más innobles. Sin embargo, María llegó a averiguar que el desgraciado joven había vendido, en secreto, sus mejores vestidos, sus joyas, y hasta los objetos preciosos que había heredado de su padre, y fuerza era reconocer en esto la realidad más espantosa.

La pobre huérfana había logrado reunir, parte con las liberalidades de su bienhechora, y parte con sus escasos ahorros, un pequeño tesoro que guardaba con el mayor cuidado... ¡Oh! ¡Qué felicidad para ella poder emplearla en cubrir la falta de Armando, y evitarle el disgusto de la represión de su madre!

María se encaminó a casa de un platero de la vecindad, y la plata que había desaparecido fue inmediatamente reemplazada. Armando de Herbecourt, arrastrado por el juego, acababa de perder en un miserable garito sumas demasiado grandes para que pudiese satisfacerlas con la pensión harto modesta que le había asignado su madre que, viuda de un agente de negocios cuya herencia estaba demasiado embrollada, se había visto en la precisión de luchar largo tiempo con la justicia y los implacables acreedores. Señora de una delicadeza y de una virtud intachables, consiguió al fin ir extinguiendo la deuda, imponiéndose las privaciones más duras, y he ahí el origen de esa economía, que pasaba a los ojos del mundo por una implacable avaricia, y a los ojos de su hijo por una ruindad casi criminal.

Armando había agotado de tal manera la liberalidad de su madre, que no se atrevió a irritarla más confesando su última pérdida. Como se hallaba ya sin recursos, el robo le ofrecía socorro, y ¡el desgraciado lo aceptó!... Sin embargo, temblaba de que se descubriese la extremidad a que se veía reducido; el arrepentimiento se hizo camino hasta un corazón que no estaba completamente depravado, y el honor luchaba con violencia contra una organización débil y atormentada.

A pesar de este remordimiento que empezaba a introducirse en su alma, había una cosa que le animaba a seguir por la errada senda de la perdición. El silencio que se había guardado en la casa acerca de la desaparición de los cubiertos le tranquilizaba, le inducía, y ciego y desesperado lanzose al precipicio en que acababa de dar los primeros pasos. Esta vez su mano criminal hizo desaparecer dos grandes vasos de plata de gran precio. Creyó ocultarse a los ojos de todos a favor de la oscuridad, pero María, que velaba, siguió sus furtivos pasos, lo vio perpetrar su crimen, y apenas tuvo fuerzas para alejarse, porque aquel descubrimiento acababa de sumergir su alma cándida en un mar de dolores. Un suspiro que dejó escapar hizo estremecer a Herbecourt, que empezó a temblar de miedo y de terror; pero el profundo silencio que reinó enseguida en la habitación disipó completamente sus temores, y el segundo robo quedó consumado.

Al siguiente día María, que había calculado el valor de los dos vasos de plata, vio con un dolor parecido a la desesperación que no tenía medio alguno de reemplazarlos, y cediendo al trastorno que le causaba aquella idea, permaneció como aniquilada delante del armario de la plata, sacándola de su enajenamiento la súbita aparición de la señora Herbecourt. Esta, que reparó en la palidez de su hija adoptiva, le preguntó sobresaltada la causa de aquella turbación, y María, contra su costumbre, se sonrojó, bajó los ojos y, sofocada por los sollozos, sintió que le era imposible responder. Sorprendida en extremo, y no sabiendo cómo explicar la extraña conducta de la huérfana, la señora de Herbecourt abrió maquinalmente el armario, y fijó su mirada en el sitio que ocupaba la vajilla. Percibiendo entonces la falta de los dos grandes vasos, pálida y temblorosa, hizo a María centenares de preguntas, no pudiendo creer culpable a la que tanto amaba; pero el generoso silencio que María se obstinó en guardar hizo al fin que una injuriosa duda penetrase la irascible imaginación de su benefactora. Aquellos interrogatorios duros y crueles no hacían más que aumentar la turbación de la inocente joven, que no se atrevía a contestar una palabra a las sospechas y acusaciones de su segunda madre. Sus mejillas pálidas estaban inundadas de un sudor frío parecido al de la muerte, su corazón estaba oprimido por una mano de hierro que la sofocaba, y poco a poco sentía que sus fuerzas la abandonaban...

Entregada a un paroxismo de cólera, difícil de definir, la señora de Herbecourt dejó escapar contra la pobre los reproches más amargos y las amenazas más horribles. ¡Salid! —dijo al fin, fuera de sí—; salid, infame, y que otro se encargue de haceros sentir el rigor de la ley para con los ladrones.

¡Oh! ¡Madre mía! ¡Madre mía! —exclamó María con un grito desgarrador, y se dejó caer de rodillas delante de la señora de Herbecourt, desecha en lágrimas. Había en sus ojos una revelación divina, pero su bienhechora, ofuscada por una idea espantosa, permaneció insensible, la rechazó con violencia, y no dejándole tiempo más que para tomar algunas ropas necesarias, la echó de su casa cubierta de vergüenza y de ignominia.

María se alejó de aquella casa donde contaba pasar sus días felices y tranquilos, llevando en el alma la desesperación y el desconsuelo. Doblada bajo el peso de la maldición de su segunda madre, tomó al azar la primera calle que se presentó a sus ojos, huyendo apresuradamente, como si las personas que encontraba en su camino fuesen otros tantos ecos de la maldición y de la horrible acusación de la señora de Herbecourt.

CAPÍTULO II. La confesión

«Os hago justicia... nada me humilla... Os deberé el honor y la vida a la vez.»

Chenier

Los recursos que Armando se había procurado a costa de su conciencia acababan de desaparecer como por encanto a impulso de una carta. Abandonándose entonces a las reflexiones más dolorosas y sintiéndose dominado por una resolución sombría y criminal, huyó de la mesa de juego, y encaminándose ya hacia la escalera principal del garito, tolerado entonces por las leyes, cuando se sintió detenido por un anciano, para él desconocido. Su rostro venerable y su dulce voz inspiraban una entrañable simpatía. ¡Armando! —le dijo deteniéndole por el brazo—. ¡Armando!

Herbecourt levantó la cabeza porque acababa de oír pronunciar su nombre con un acento de interés particular, pero su sorpresa crecía de punto, porque no halló en aquel rostro nada que él hubiese visto hasta entonces.

Armando, hijo mío, —repitió el viejo—. No me conocéis, pero yo os conozco, escuchadme... Después de haber sido el más íntimo amigo de vuestro padre, me convertí en rival suyo; los miserables intereses nos separaron... Contrarié sus operaciones, rebajé su crédito, y no solo me echó en cara los trastornos que sufrió en sus negocios, sino los pesares que han envenenado su vida y le han hecho morir en la flor de la edad... Creo —añadió el viejo, con los ojos humedecidos por las lágrimas—, que ha llegado para mí el momento de reparar mis extravíos y calmar su sombra irritada.

Armando, enternecido, le escuchaba en silencio.

Hace ya muchas semanas—prosiguió el extranjero—, que os observo y sigo vuestros pasos, pobre joven; observo también a los que os han abierto las puertas de esta funesta casa, y sé también de qué medios se valen para hacer fortuna. Por eso quiero una sola vez en mi vida poner en juego los conocimientos de que vuestros infames adversarios han hecho tan mal uso; pero es con la condición de que renunciareis para siempre al juego.

Las lágrimas de Armando sellaban su promesa, porque eran las lágrimas del arrepentimiento.

El anciano volvió a entrar con él en las salas de juego, y se acercó a las mesas en que estaban todavía sentados los tahúres; fingió seguir con interés los giros del juego, y al fin propuso una partida que fue aceptada sin dificultad. Al principio perdía, pero oponiendo a los groseros amaños de sus antagonistas una táctica llena de habilidad, les obligó muy pronto a rendirse. Con un solo golpe acababa de ganar todo lo que Herbecourt había perdido aquella noche y las anteriores. Dichoso por haber logrado su objetivo, salió al instante con su protegido de aquel asilo de corrupción, dejando a los tahúres confusos y avergonzados de su derrota.

El desconocido puso en manos de Armando la crecida suma que acababa de recobrar, le hizo renovar su juramento de no volver al juego y, queriendo evitar la manifestación de un reconocimiento legítimo, montó en un coche de alquiler y se alejó rápidamente, sin haber dicho siquiera su nombre al que acababa de socorrer tan generosamente.

Apenas volvió en sí de la profunda emoción que le causara una generosidad tan noble y modesta, corrió a casa del judío donde había empeñado por una corta cantidad los objetos que había robado a su madre y, casi reconciliado consigo mismo, se apresuró a llegar a su casa y a colocar los vasos y los cubiertos en el sitio en que los había robado.

Libre de los remordimientos que le habían torturado tan cruelmente, y fortalecido con las buenas resoluciones que le había inspirado su protector, pasó la noche más tranquila, y bajó muy temprano al comedor, esperando encontrar allí a la dulce y buena María, cuyas tímidas miradas no le harían avergonzarse como en los días anteriores. Hacía ya largo tiempo que aguardaba, sintiéndose poseído de una turbación creciente, cuya causa no acertaba a comprender, cuando llegó su madre sola, sin aquel ángel pronto siempre a ejecutar sus órdenes.

Armando no pudo menos que sobresaltarse más y más al ver la palidez y el extremado abatimiento de su madre. La idea de que había conocido el robo y el ladrón le asaltó con tal fuerza que estuvo a punto de caer sin conocimiento. Sin embargo, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, besó tímidamente la mano que su madre le presentaba, y se sentó a su lado en la mesa donde estaba servido el almuerzo. Ambos estaban inquietos, devorados por un pensamiento amargo; ambos temían interrogarse y, a pesar de todo, Armando fue el primero en romper el silencio, preguntando dónde estaba María.

A esta pregunta, que al parecer no aguardaba la señora de Herbecourt, tomó un aspecto más severo y casi feroz, su frente se oscureció como un cielo preñado de tempestades, e iba ya a responder a su hijo cuando, dirigiendo instintivamente los ojos hacia el armario entreabierto, descubrió en él los objetos que había encontrado de menos la víspera. A esta vista no pudo retener una exclamación casi dolorosa; se levantó precipitadamente, tomó los vasos, examinándolos como si no quisiese creer a sus ojos; contó la plata con un temor que se revela en un movimiento convulsivo de sus manos, y bien pronto se cercioró de que había seis cubiertos de más en la vajilla. Una sospecha que penetró entonces en su alma destrozó su corazón de madre, y la turbación creciente de su hijo fue para ella la explicación de aquel fatal enigma.

Inmóvil, como si estuviese sujeto por un poder oculto, Armando sufría en silencio su espantoso suplicio; la agitación de su madre, las palabras incoherentes llenas de dolor que se escapaban de su boca le llenaban de vergüenza y destrozaban su alma. Ya no había duda en que el robo había sido descubierto, y la inocente

María horriblemente calumniada. Herbecourt estaba tan aterrado que no se atrevía a arrojarse a los pies de su juez, no porque su corazón fuese entonces culpable, sino porque la vergüenza de confesar el robo le clavaba, como hemos dicho, en su silla, sujetándole con su mano de hierro.

La voz noble y generosa de su conciencia le ahogaba, porque no podía sofocarla, aquella voz le reprendía su criminal incertidumbre, le avergonzaba; porque una joven pobre, virtuosa e inocente acababa de ser acusada, ultrajada, deshonrada, y con su silencio, se hacía cómplice del error funesto de que había venido a ser víctima la paloma de Montreuil.

Después de algunos momentos de lucha, Herbecourt no pudo ya más, y respondió al llamamiento de aquella voz suprema, corrió a abrazar las rodillas de su madre, y le refirió su falta, su arrepentimiento, y las singulares circunstancias que le habían movido. Sus gemidos se confundieron con los de su madre que, aunque hacía algunos momentos que aguardaba aquella confesión, la escuchaba con un dolor creciente.

- ¡Ah! ¡Hijo mío! —exclamó al fin, tendiendo los brazos al infeliz Armando, que estaba arrodillado a sus pies—¡cuán culpable sois! La generosa joven había procurado ocultarme vuestro primer robo, y no ha hecho más que proteger su ruina... y yo que he sospechado de su probidad, que la he acusado, ¡que la he despedido ignominiosamente! ¿Comprendes, Armando, la inmensidad de tu falta, lo injusto de mi vergonzosa sospecha, y la solemne reparación que debemos ambos a tanta virtud, y a tan sublime resignación? ¡Ah! Si es tiempo todavía de hacerle olvidar mi inhumanidad, si es tiempo de abrirle de nuevo la puerta que le he cerrado tan sin piedad, si podéis devolverle la que había prometido a Dios ser para ella una madre; id, corred, volad en su busca, y volved al instante, querido hijo... pero no volváis sin María.
- ¡Sí, madre mía! —respondió Armando cubriendo de besos y de lágrimas las manos de su madre—, voy a devolveros el objeto puro y santo de vuestras afecciones... Le pediré perdón, emplearé mi vida en hacerle

olvidar hasta el recuerdo de mi terrible falta, en probarle que la admiro tanto como la amo.

Algunos momentos después el Sr. de Herbecourt se puso en camino a Montreuil, porque tanto él como su madre se habían fijado en la idea de que la pobre joven habría ido a buscar un refugio en el presbiterio del virtuoso párroco de su aldea.

Entretanto, arrojada como una infame de la casa donde había encontrado durante tres años la hospitalidad más cariñosa y más dulce a su corazón, ¿qué había hecho la pobre huérfana? ¿A dónde había dirigido sus inciertos pasos? Hundida en la más terrible vergüenza, recorrió al azar las calles de París, y después de haber desconocido aun las que habitualmente frecuentaba, volvía siempre a la plaza real, como si un instinto secreto la condujese siempre hacia el umbral de aquella casa querida, que tan funesta había sido para ella. Agobiada por la fatiga y el sufrimiento, volvió a emprender de nuevo su camino por entre la multitud de personas que la miraba con la mayor indiferencia y sin inquietarse en adivinar el tormento que se pintaba en su pálido semblante. Los pensamientos más desoladores, las resoluciones más impías, se agolpaban a su agitada imaginación, que empezaba ya a dudar de aquella providencia que siempre había bendecido con tanta fe, cuando percibió unos cantos lejanos y seductores que la atraían con su tono melancólico.

María se encaminó entonces hacia aquel lado, y se halló a las puertas de una iglesia donde una porción de fieles se había reunido a rogar por los muertos. Sintió que, a la vista de la augusta basílica, su alma se elevaba de nuevo hacia Dios; su mano cogió convulsivamente el rosario de su madre, que llevaba siempre consigo, entró en la iglesia casi consolada, se arrodilló en un sitio bastante oscuro, y empezó a orar. Sus manos temblaban recorriendo las cuentas del rosario, y sus oraciones iban entrecortadas por profundo suspiros.

La emoción profunda de esta joven, su hermosura y, sobre todo su fervor religioso, habían llamado la atención de dos hermanas de la caridad que oraban a su lado. Aquellas santas mujeres tomaban por María un interés involuntario, porque hay siempre en los corazones puros y sensibles un instinto religioso que

les hace adivinar la desgracia, y los arrastra hacia ella para consolarla y prestarle su apoyo.

Tales eran los sentimientos que las castas hermanas experimentaban en favor de María cuando, cediendo a las violentas emociones que la agitaban, la joven dejó escapar el rosario de entre sus dedos, y se cayó sobre las baldosas con un ruido estrepitoso, que llamó hacia aquel lado la atención de los concurrentes.

Las vírgenes del señor fueron las primeras que acudieron a socorrerla, la levantaron con el rostro ensangrentado y casi moribunda, y con aquella fuerza que presta la verdadera piedad, rehusaron la ayuda que les ofrecían, y se la llevaron hacia un piadoso asilo en donde se consagraban al servicio de Dios y de los pobres.

Al volver a abrir los ojos a la luz, María Dumont se encontró tendida en un lecho modesto, adornado con cortinas de tela grosera, pero cuya blancura revelaba el aseo de las personas que dirigen aquella casa. Alrededor de su lecho oraban con fervor algunas mujeres, en tanto que otras le prodigaban los cuidados más tiernos. Entonces, transportada su imaginación a las regiones del éxtasis, se creyó entre los elegidos del señor, y aquella creencia se revelaba en su mirada, iluminada por un rayo divino. María estaba en el hospital del Hotel-Dieu⁷, y allí la aguardaban los consuelos más inefables, si aquel corazón desolado pudiese todavía encontrarlos sobre la tierra.

CAPÍTULO III. La partida

«Así como la florecilla de los campos revela su existencia por un dulce perfume, así la virtud modesta esparce en derredor suyo un perfume que la descubre y le hace traición.»

⁷ El hospital Hôtel-Dieu de París es el hospital más antiguo de la capital francesa. Fundado en 651 por el obispo parisino Saint Landry, se convirtió en el símbolo de la caridad y la hospitalidad en Francia. En el siglo XVIII el edificio original, situado en el extremo norte de Île de la Cité de París, se conectó mediante el Puente de San Carlos, también conocido como el Puente del Hôtel-Dieu o de la Humanidad durante la Revolución, con una extensión al otro lado del río Sena.

Por una feliz combinación, la naturaleza parece haber dotado a los seres débiles de una fuerza proporcionada a los males físicos que están destinados a sufrir, más no ha combinado con igual prudencia el grado de energía que necesitan las almas sensibles para poder soportar los dolores morales. Si el exceso del dolor no abate súbitamente estas almas, es que una gran desdicha presta casi siempre en el primer momento una fuerza ficticia: esta fuerza se extingue pronto haciendo lugar al desfallecimiento, y cuanto más sensible y amorosa es el alma que la sufre, tanto más débil se encuentra para resistir una sensación violenta.

Era preciso que María fuese de una organización excepcional para no doblegarse bajo el peso de las crueles emociones, de los desoladores recuerdos que la agobiaban, y se encontró muy débil para poder sostener la lucha larga y terrible que la amenazaba.

Devoraba su cerebro una fiebre ardiente que la hacía proferir en el delirio expresiones alarmantes para las hermanas que la velaban, y que lograban al fin tranquilizar sus almas timoratas al ver la sincera piedad y el candor que revelaban las palabras de la joven enferma en sus intervalos de razón.

Pero dejemos a María siendo objeto de los más asiduos cuidados y volvamos a Armando, que la buscaba inútilmente en la pobre aldea de Montreuil. Después que volvió desolado a referir a su madre lo inútil de sus pesquisas, ambos emplearon muchos meses en buscar a María, no perdonando medio alguno para encontrarla; pero en vano, porque su retiro estaba oculto bajo un velo impenetrable.

Participando del profundo disgusto de su hijo, la señora de Herbecourt no tardó en notar que el joven se veía devorado por una tenaz melancolía y, queriendo prevenir las consecuencias funestas de esta cruel pasión de ánimo, le aconsejó que viajase por el extranjero. Si bien Armando se opuso en un principio, hubo de ceder al fin a las lágrimas y ruegos de su infeliz madre.

Armando había llegado a mirar la vida con un profundo disgusto; preocupado con la idea de María, era indiferente a todo lo que no fuese ella, llevando esta indiferencia hasta parecer insensible a los pesares de la que le había dado el ser. En el momento de partir se sintió animado y casi alegre, porque se apartaba de un lugar odioso para él, desde que la huérfana había dejado de embellecerlo con su presencia.

Pasó a Montpellier, prosiguió allí los estudios de Medicina que había interrumpido, y no solo logró con el trabajo distraer sus penas, sino que, habiendo logrado algunas ventajas, sintió revivir en su pecho el extinguido deseo de una noble ambición. Comprendió que su profesión le presentaba la ocasión de llenar una misión noble y generosa, y desde entonces amó la vida, porque la consideraba un aspecto menos sombrío. Recorrió las provincias meridionales de Francia, España e Inglaterra, y dejó en todas partes muestras evidentes de su ciencia y de su amor a los pobres, volviendo a París, donde le llamaba el objeto que atraía toda su atención.

Entretanto, después de una convalecencia penosa y harto difícil, María recobró la salud, y devolviéndole la vida sus costumbres piadosas, halló en aquella casa la dulce calma que tanto necesitaba.

Entre las santas Hijas de la Caridad, que el interés de la humanidad había reunido en el hospital del Hotel-Dieu (que llamaremos en adelante casa de Dios), era notable entre las demás una que desde el primer día había manifestado por nuestra heroína una tierna simpatía. Su carácter era tan dulce como su nombre...Llamábase Esperanza. Había soportado la adversidad con el mayor valor, y sufrido sin quejarse las ofensas e ingratitudes de las personas por quienes se había sacrificado.

En una palabra, Esperanza reunía todas las gracias, todas las virtudes de su sexo, la abnegación de un alma verdaderamente fuerte y generosa. Esta Santa creyó ver en María una niña que Dios le enviaba para velar sobre ella y servirle de guía, y no creyó hallar mejor medio para empezar a cumplir su santa misión que interrogando a la huérfana acerca de sus desdichas y de su aislamiento.

Instruida con las lecciones, sobre todo con el ejemplo de su protectora, María ayudaba con el mayor celo a las hospitalarias en su laboriosa tarea. Las vigiliias, los trabajos más groseros, no habían conseguido asustarla; y humilde, caritativa y resignada, solo abandonaba a los enfermos para dirigirse a los altares a elevar a Dios las plegarias de su triste corazón. Sin embargo, había momentos en que la pobre huérfana echaba una mirada hacia lo pasado, y lloraba una pérdida que se presentaba entonces con los colores más vivos y seductores; gozábale en remontarse a los tiempos en que la señora de Herbecourt la llamaba su hija, en que Armando la llamaba su hermana, y concluía por llorar y golpearse el pecho, creyendo profanar aquellos santos lugares con pensamientos tan mundanos.

Al fin el tiempo, las costumbres severas de la casa, la existencia pacífica religiosa y, sobre todo, la continua meditación a la que se abandonaba la huérfana, todo contribuía a borrar lo pasado de su memoria, y a prometerle nuevas felicidades para el porvenir. Vio abrirse ante sus ojos el camino del cielo, y esta esperanza sublime animó su alma, tan pura y tan bella como la de un ángel. María no tuvo ya más que un deseo en su corazón, el de consagrarse al servicio de Dios y de los pobres; pero aún para abrazar aquel estado de humildad se necesitaba una dote que, aunque poco considerable, hubiera sido para ella un gran obstáculo, a no ser por su generosa amiga, sor Esperanza, que la proveyó de todo, y logró que se la enviase a la Casa de San Lorenzo.

Al cabo de un año tomó el hábito, cambiando su nombre al de sor Ángel, nombre que le habían ya dado sus compañeras, no solo por la inalterable dulzura de su carácter, sino por su rara hermosura, que realzaban prodigiosamente las evangélicas inclinaciones que animaban su alma.

María salió de San Lorenzo y volvió a París, dónde fue llamada por la directora de un hospicio célebre, que habiendo oído hablar de la caridad y conocimiento de aquella joven, tenía el placer de asociarla a sus honrosas ocupaciones.

Casi al mismo tiempo llegaba Herbecourt a casa de su madre, precedido de una reputación tan legítimamente adquirida; y como la Academia le había ya de

antemano recomendado al Ministerio, pasó al instante a desempeñar una cátedra en la Escuela de Medicina, y a los pocos días fue nombrado primer médico director del hospicio en donde sor Ángel hacía ya bendecir su nombre. El elogio de esta joven resonaba en todas partes; los habitantes del hospicio la alababan, los pobres la adoraban, y las religiosas, sus compañeras, no hablaban de ella sino con una especie de veneración. Estas alabanzas, que salían de todas las bocas, eran tan desinteresadas y tan enérgicas que inspiraban en Armando el más vivo deseo de conocer a la feliz mujer que las motivaba, y felizmente la ocasión no se hizo esperar por mucho tiempo.

CONCLUSIÓN⁸

«¿No podré nunca verte ni oírte, querido hermano, a quien tanto amaba? ¡Ah! Si no es posible, hermano mío, que vuelva a verte y estrecharte en mis brazos, al menos te amaré siempre, consagrándote mi vida entera.» Cátulo.

¿De dónde nace ese ánimo que supera el de los más valientes? ¿De dónde nace esa continúa abnegación? Esa abnegación interesante que las Hermanas de la Caridad están ofreciendo al mundo es un magnífico ejemplo. Sin duda alguna podemos asegurar que el Evangelio es la verdadera fuente de donde emana, y que la religión que lleva por enseña el Crucificado, es la que sabe inspirar tan nobles ideas; pero si quisiéramos buscar en otra parte el principio santo de esa vocación, ¿no podríamos hallarle en el amor? El amor, separado de todo lo que tiene de terrenal; el amor, en su esencia virginal, tal como Dios lo creó para los predestinados, ¿no será capaz de animar ese culto de abnegación y sacrificios?

El corazón de la mujer formado para el amor, el corazón de la tímida virgen, o de la mujer débil, emprende todos los días esa tarea de ocupaciones tristes, de trabajos groseros, solo para aliviar a sus hermanos enfermos o abandonados.

⁸ La conclusión de la novela, que aparece dividida en sus dos últimas entregas, comienza con una cita al igual que los capítulos. Sin embargo, no dispone de título ni se especifica que se tratase de un capítulo aparte, incluyéndose solo la inscripción *Conclusión*, entre paréntesis, antes de la cita que la abre. Al final de la penúltima entrega, en la que se inicia la conclusión, se especifica al final de esta que la novela se concluirá en la siguiente entrega.

La esposa fiel emplea en su esposo todo el tesoro de amor que Dios ha depositado en su alma, la madre en sus hijos, la hija en sus padres, la hermana de la caridad tiene en su familia a los pobres; los objetos de su cariño son los seres más infelices o los más débiles; el infortunio, la miseria, la infancia, la decrepitud, son los que comparten el cariño de la joven y hermosa hermana de la caridad.

El amor de sor Ángel para con los pobres enfermos no admitía comparación con el de ninguna de sus compañeras; no había enfermedad por horrible que fuese que la hiciese volver la cara, y los enfermos la adoraban como su ángel de salvación, cuyo nombre llevaba.

Un día que la huérfana sostenía en sus brazos a un moribundo septuagenario, Mr. de Herbecourt se acercó sin ser visto a la cama donde la hermosa hospitalaria dirigía al moribundo sus consoladoras palabras.

- Hija mía—le decía el anciano—, Dios os bendiga, porque habéis reemplazado a la hija que perdí tan joven, y cuyo pesar ha debilitado mi vida lentamente, Dios os lo recompense, hermana querida, voy a aparecer ante su faz divina, voy a reunirme con mi esposa y con mi querida Julia... y rogaré al eterno que colme de bendiciones a la que ha sido mi ángel tutelar...

El viejo hizo un ligero movimiento, e inclinó su cabeza sobre el hombro de María... Había expirado.

Herbecourt no pudo menos de enternecerse, aunque estuviese ya muy acostumbrado a semejante escena; un instinto misterioso le clavaba al pie de aquella camilla, aguardando el momento de poder contemplar a la religiosa, cuya toca le ocultaba en parte un rostro joven y lleno de nobleza. El movimiento que hizo para colocar sobre la almohada la fría cabeza del anciano, la hizo volver los ojos hacia Herbecourt, que la observaba con la mayor curiosidad.

María había oído, es verdad, que acababa de encargarse del hospital un médico joven; pero ni había oído su nombre ni se había ocupado en preguntarle, y la casualidad, que en aquellos días que iban corridos había alejado a María de los enfermos que asistía Herbecourt, hizo también que este se hallase al pie de la huérfana en uno de los momentos más solemnes de su santa misión.

Armando, que reconoció al momento en aquel ángel a su amada María, el casto objeto de su puro amor, se arrojó a sus pies, sin tener en cuenta ni su traje ni las personas que lo rodeaban. Describir la turbación de María al reconocer a Armando fuera imposible, porque esas sensaciones se escriben, pero sin expresar el sentimiento que las anima. Tembló, palideció, y el dulce tinte rosado que coloreaba sus mejillas hizo lugar a un color lívido, casi morado, que iba extendiéndose por su rostro como una nube. Casi desfallecida, buscó un apoyo, y lo encontró en las manos que le tendía Herbecourt implorando perdón; pero recobrando instantáneamente su angelical serenidad, alzó la frente, que volvía a colorear el pudor, e hizo el señor Armando para que pasase al locutorio, donde se presentó acompañada de las demás hermanas que aguardaban con singular impaciencia la explicación de aquel romancesco encuentro.

Herbecourt confesó en altavoz su falta, los indignos tratamientos que había hecho sufrir a María, y pidió sollozando que se le concediese un perdón, escrito hacía ya largo tiempo en el corazón de la joven huérfana.

Madame Herbecourt, cuando oyó de boca de su hijo que la que con tanto afán habían buscado existía, y podía hacer su felicidad para siempre, tomó un coche y se hizo conducir inmediatamente al hospicio, donde no hallaba palabras bastante dulces para explicar a su hija perdida todo su amor y su reconocimiento.

María, casi extasiada, mezclaba sus lágrimas y su peso con los de su bienhechora, a quién apenas osaba llamar madre con voz débil y entrecortada. Aquel momento, lleno para ella de éxtasis, despertó súbitamente en su corazón sentimientos y deseos que ya creía extinguidos; aquel pasado, con sus ilusiones encantadoras y sus días felices, vino a separarla por algunos instantes de la idea de Dios, que llenaba su corazón de un modo único hacía ya algún tiempo, y la

fuerza de la hija del señor empezaba a desaparecer bajo la debilidad de la mujer apasionada. María tuvo miedo, y desprendiéndose de los brazos que la estrechaban, cayó de rodillas delante del crucifijo.

Herbecourt alimentaba las más dulces esperanzas porque sabía que la huérfana solo había hecho voto por dos años, y creía de buena fe que sellaría su perdón aceptando su mano; y su madre, que alimentaba siempre la dulce ilusión de llamarla hija, participó llena de gozo a su ángel los proyectos de Armando y su más implícita aprobación.

- ¿Cómo no puedo obedeceros? —respondió María con los ojos llenos de lágrimas—; hija de unos pobres aldeanos, y destinada a la mayor indigencia, me prestasteis asilo, y toda mi ambición era pasar la vida a vuestro lado como la más humilde de vuestras criadas. ¿Puedo aceptar ahora la alianza que me proponéis? ¡Oh! ¡No, señora! La providencia me ofreció este asilo, y como antes era vuestra criada, hoy lo soy de los pobres; solo Dios puede hacerme abandonar el estado que voluntariamente abracé, y su Santa voz me grita en el fondo del alma: ¡No, no!
- María, te engañas —replicó la señora de Herbecourt—, Dios no quiere que me arrebaten a mi hija; no, no puede querer imponerme un castigo tan terrible. ¿No es él quien te ha devuelto a nuestros brazos? ¿Y habrá hecho este milagro para que enseguida tengamos el dolor de perderte? ¡Oh! no, María, ¡es imposible!
- ¡Tened piedad de mí, señora! —respondió sor Ángel—. Ayudadme a cumplir mis obligaciones, y no me inspiréis el deseo de violarlas. No quiero abusar de vuestra generosidad. Dejadme al pie del lecho del pobre, al pie de los altares de Dios a quien me he consagrado. Este es el lugar que me corresponde... Sin nombre, sin parientes, mi deber es vivir en la oscuridad, el de vuestro hijo brillar en el mundo y ocupar el rango distinguido al que le ha elevado su talento. Cualquier mujer será más a propósito que yo a hacer su dicha.

A estas palabras sor Ángel se arrancó de los brazos de la señora de Herbecourt, a pesar de los esfuerzos que esta hacía para detenerla. La pobre madre desolada dio cuenta a su desdichado hijo de lo inútil de sus esfuerzos y, Armando, dominado por el amor, se alimentó con la esperanza que María le había de hacer perder demasiado pronto. A los continuos ruegos de su bienhechora respondía siempre a sor Ángel:

- Los lazos que nos ligan al mundo son siempre pesados; los que nos ligan al cielo, más fáciles de soportar, asegurando los placeres puros y eternos; si me amáis, no me obliguéis a romperlos.

Cuando Armando conoció que no podía triunfar de la resolución de María, se entregó a la más terrible desesperación; apoderose de él una melancolía feroz que inflamó su sangre y puso su vida en peligro. Esta noticia hizo en sor Ángel la más viva impresión, se echó a llorar, y arrodillándose ante la Cruz exclamó:

- ¡Dios mío! ¿No he sufrido bastante? ¿Qué exigís de mí? Soy vuestra esclava, hablad y obedeceré.

En tanto que María oraba al pie de los altares, Armando marchaba a grandes pasos hacia el sepulcro. Su enfermedad se burló del talento de los más hábiles médicos, y María, noticiosa del peligro que amenazaba la vida de su amante, corrió al pie de su lecho y continuó allí su evangélica misión de hermana consoladora. Solo ella tenía el privilegio de obtener que el enfermo obedeciese a los médicos, y solo ella podía calmar los accesos nerviosos en que caía con frecuencia.

El término de los votos de sor Ángel había expirado ya, cuando una terrible crisis redujo a su amante al último extremo del peligro. En esta hora suprema el enfermo hizo un esfuerzo para coger la mano de la huérfana, la atrajo hacia sí, e impidiendo un beso helado en su frente, exclamó reuniendo todas sus fuerzas:

- ¡Es mía! ¡Mía para siempre!

La pobre madre acababa de caer a los pies de María.

- Pues bien —dijo está volviéndose hacia el venerable eclesiástico que acababa de traer al enfermo los últimos presentes de la religión—. Dios lo quiere, hágase su voluntad.

Al oír estas palabras brilló en el rostro del enfermo la más pura alegría, se incorporó, sostenido por sor Ángel, sacó de su dedo el anillo que habitualmente llevaba, y lo colocó en el de su esposa. El sacerdote consagró precipitadamente aquella unión dolorosa, pidiendo para ellos todas las bendiciones del cielo, y concluida apenas la ceremonia se arrodilló y empezó a rezar las oraciones de los agonizantes. Dos voces ahogadas entre sollozos respondían a la del anciano confesor que, apenas pronunció el último versículo, vio salir a Armando de la especie de letargo en que acababa de caer, y expiar saludando a su madre y a su esposa con una mirada donde brillaba un amor celestial. La señora de Herbecourt, inconsolable con la muerte de su hijo, le siguió a la tumba, dejando a María colmada de riquezas y beneficios.

Después de haber experimentado pérdidas tan terribles, y no hallándose ella sujeta al mundo por ningún lazo, María volvió a tomar con el hábito de estameña el nombre de sor Ángel, y los votos que pronunció entonces fueron eternos. La cuantiosa herencia que acababa de recibir se convirtió en patrimonio de los pobres. Animada por un sentimiento de abnegación, que no se desmintió jamás, repartía todo su tiempo entre el alivio de los desgraciados y el servicio divino y, cuando el cólera invadió con terrible saña los cuarteles de la populosa París, se la vio recorrer las calles, deteniéndose con el mayor valor donde la epidemia hacía los mayores estragos. Un día no se la vio volver de sus atrevidas y santas excursiones.

